

las som-
bras.

De mo-
do que el
pitoaquel
avisaba al
vecinda-
rio que la
fábrica de
luz eléc-
trica iba á
suspender
sus tareas.

Con el
auxilio de
una vela
continué
mis ope-
raciones.

9-1 m.

Nos he-
mos le-
vantado mucho antes de lo que creíamos,
porque el cariñoso señor alcalde ha venido
á despertarnos á las seis y media. ¡Y yo,
por causa del tubo roto, me había acostado
á las tres! Poco después se ha presentado
uno de nuestros amigos de Castellón, que
ha llegado en el tren con objeto de acom-
pañarnos también en Burriana y Nules.

¡Miel sobre hojuelas, y que Dios se lo
pague!

No hay que decir que luego me he ale-
grado sobremanera del madrugón, porque
el día está verdaderamente hermoso, y he
podido apreciar á mi gusto los animados
grupos del mercado, de la multitud de ace-
quias de las calles, con las márgenes ocu-
padas por lavanderas guapísimas, y del
trajín de caballerías y de carros cargados
de naranjas dirigiéndose por el camino del
mar. A la derecha de este camino, junto á
las últimas casas de Burriana, está el al-
macén de naranjas del D. Bernabé, citado
mas arriba. Es un salón inmenso, en que hay millones de naran-
jas separadas en montones. Junto á estos montones hacen las mu-
jeres las sencillas pero pesadísimas operaciones de elegir, empape-
lar y encajonar de que he tenido el honor de dar cuenta.

Todas se hacen en el más absoluto silencio. Hay en este punto
órdenes tan severas, que la que despega los lab'os es despedida
inmediatamente. Martirio horrible, sin duda, para aquellas po-

bres mujeres, que trabajan desde las cinco de la mañana hasta las
doce y desde la una de la tarde al anochecer, mudas, cabizbajas,
con la monotonía desesperante de la igualdad de la faena y sin el
entretenimiento de la conversación. Y así desde Octubre hasta Ju-
nio, ganando ¡una peseta diaria!

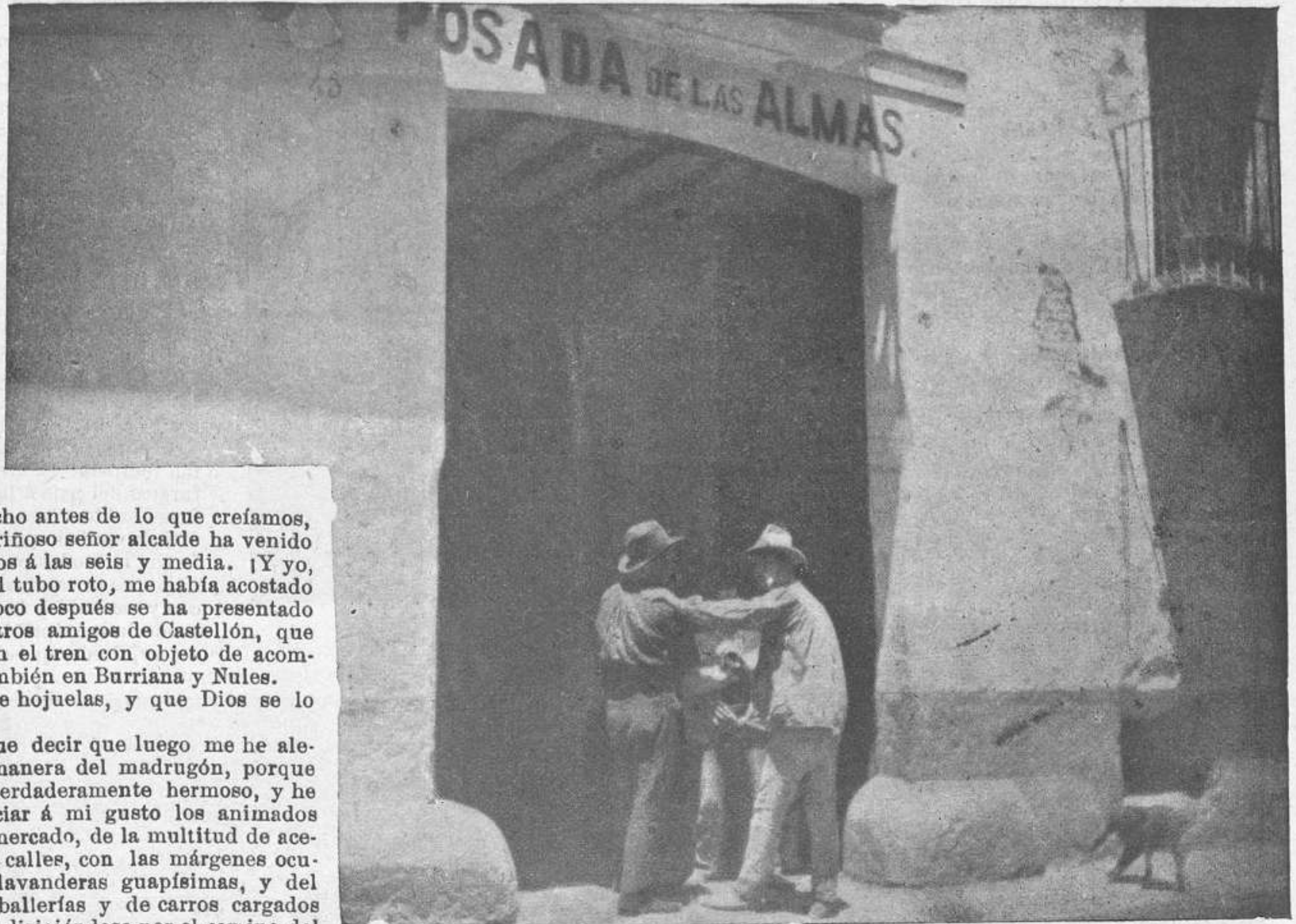
La industria complementaria del comercio de las naranjas es la
de fabricación de cajones para el embalaje, que, como es de su-
poner, se consumen en cantidades grandísimas. Los
hemos visto hacer, con una rapidez extraordinaria,
en la fábrica de puntas de París cercana al almacén, y
en la cual se aprovecha la fuerza sobrante del motor
para aserrar maderas.

Entran en los talleres los árboles enteros y á los
pocos minutos salen los cajones completos y clava-
dos. Primero, una aserradora divide el tronco en tro-
zos iguales, después otra los da forma cuadrada y,

por último, una tercera los convierte en tablas con
una velocidad vertiginosa. Obreros hábiles cogen
aquellas tablas, las clavan por el aire, y en un san-
tiamén quedan hechos y listos los envases de distin-
tos tamaños.

Tal vista y tal costumbre tienen aquellos hombres,
que la cabida de cada clase de cajones es siempre la
misma, sin que quepa en ellos una naranja más ni
deje de entrar una naranja menos. Así es que no hay
que contarlas, sino tener cuidado de colocarlas con
orden, siempre igual, y basta con eso.

Que no es poco, para quien no lo sepa.



NULES.—Posada de las Almas.



Una calle de Nules.



Con igual prontitud que las cajas se hacen las puntas de París de la manera más sencilla, por medio de máquinas poderosas, en las cuales entra el alambre, dispuesto convenientemente en rollos al pie de cada una, y sale, cayendo sobre capachos con un estrépito ensordecedor, convertido en clavos de tamaños diferentes.

Estos clavos pasan después á la sección de empaquetadoras, que los pesan y distribuyen, dejándolos dispuestos para la remesa.

Y nada más de Burriana. Salimos para Nules con un calor desesperante.

9—10,30 m.

Nules, la rival eterna de Burriana, cuyos vecinos no pueden verse mutuamente, está asentada como esta última, en medio de un inmenso bosque de naranjos, bosque que ocupa casi exclusivamente toda la llanura, desde el mar hasta las últimas estribaciones de la sierra del Maestrazgo.



Un carro de ajos.

ras llenas de gente. Quedan en los alrededores algunos restos de fortines que sirvieron en las guerras civiles, guerras que se hicieron en todo el país con grandísimo encarnizamiento y de las cuales quedan como recuerdo odios africanos y rencores hondos entre los bandos republicano y carlista, cuyas fuerzas están equilibradas en toda la región.

9—11 m.

De la estación de Nules parten las tartanas que conducen viajeros (cuando los hay) al cercano pueblo de Villavieja, situado en la falda de la montaña y donde existe un establecimiento de aguas termales, cuya elevadísima temperatura atribuyen los naturales del país á la existencia de fuego subterráneo.

Será verdad, porque hay aquí fuego en todas partes; no parece sino que se camina sobre un volcán y se caldea la sangre de un modo indescriptible.

¡Ay, Jesús, qué sofocación!



NULES.—Calle Mayor.



NULES.—Calle Ancha.

Es un pueblo grande, donde abundan también que es una bendición las mujeres hermosas y donde ha desaparecido por completo el tipo clásico de los zaragüelles. Ya no los hay, ni blancos ni azules.

El sol que alumbra y fertiliza aquella campiña deliciosa es verdaderamente de justicia. Cuesta trabajo dar diez pasos seguidos sin fatigarse, sobre todo si no se ha dormido arriba de tres horas la noche anterior.

Lo primero que encontramos, á la entrada, es una hilera de carros enormes cargados de ajos. No es posible ver en ninguna parte tantos ajos juntos, esparciendo un olor acre por la atmósfera caliginosa y pesada.

No hay en el pueblo nada digno de mención.

La Plaza Mayor es irregular, y en ella está establecido el mercado. Sus calles principales son la Mayor, que atraviesa la plaza, y la Ancha, paralelas, muy largas y á todas ho-



Uno de Nules.

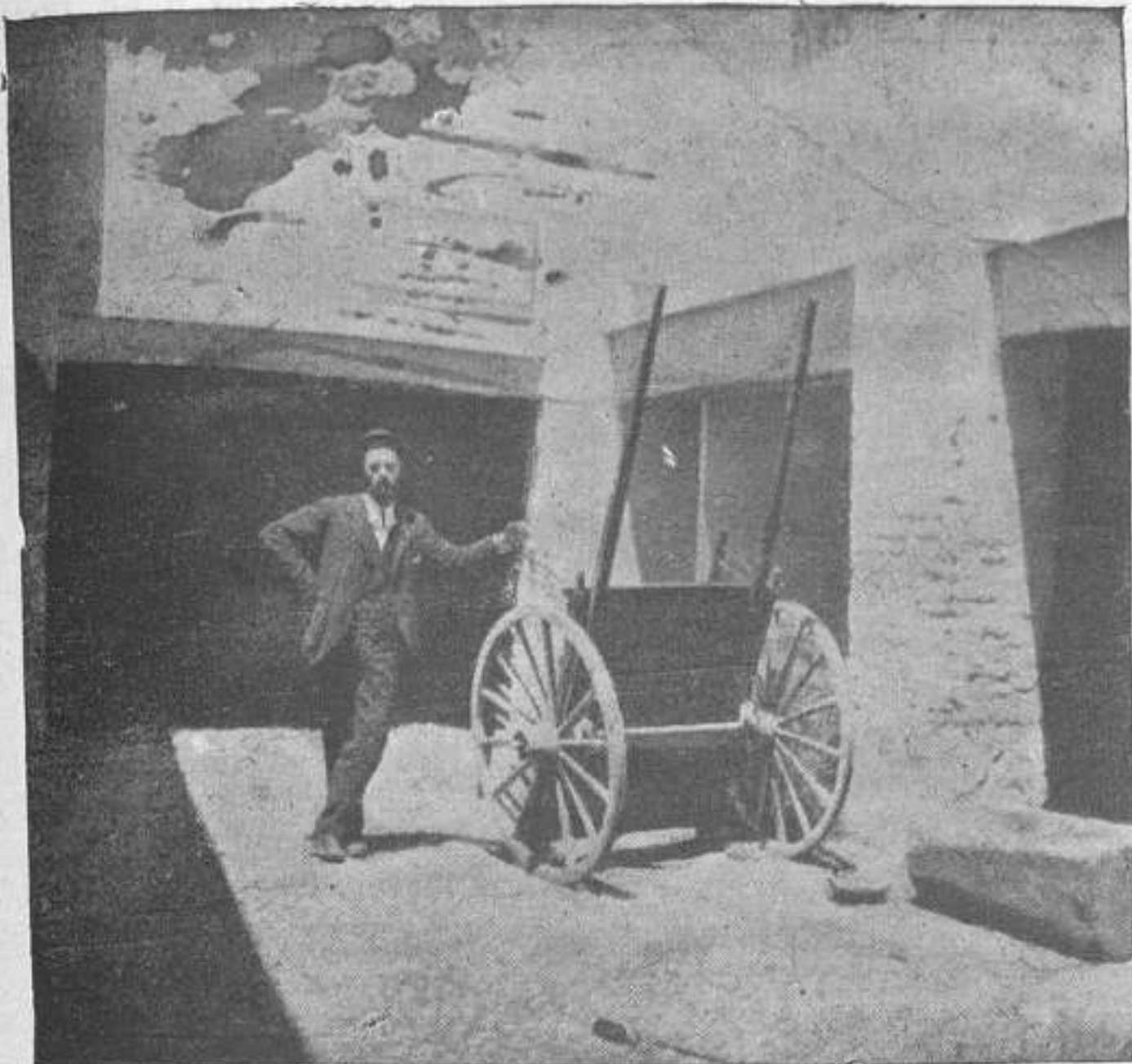
9—11,30 m.

No puedo menos de contar una historia de amor, cuyos hechos acaecieron en Nules poco tiempo hace, y que á no haberla oído yo de labios de una persona allegada por parentesco á uno de los personajes del drama, hubiérala creído novela ó anécdota exagerada por la imaginación popular.

Eran ellos un galán y una dorcella que se habían dado palabra de matrimonio, palabra que no podía cumplirse, á pesar de los ardientes deseos de los interesados, porque á ello se oponía no sé qué mezquina cuestión de intereses suscitada por la familia de una de las partes, ó de las dos, que de esto no estoy muy seguro.

La joven, cada vez más enamorada, decidió probar fortuna jugando á la lotería, y se dedicó durante unos cuantos meses á ahorrar con ese objeto.

Cuando pudo reunir determinada cantidad adquirió uno



NULES.—Rincón de corral.

varios décimos (tampoco esto lo sé á ciencia cierta), y esperó confiada en la suerte. Esta protegió en aquella ocasión al amor, y el número resultó premiado con una fuerte cantidad.



NULES.—Una chiqueta.

cho un arroz á la valenciana que era cosa de chuparse los dedos. ¡El recuerdo del arroz aquel no se borrará jamás de mi memoria!

9—12,30 m.

Punto y aparte.

Antes de terminar estos apuntes, que probablemente serán los últimos, como se verá luego, no puedo menos de hablar algo, *siquier* sea por referencia, de dos importantísimas poblaciones de la provincia que, por las pésimas condiciones en que hacemos este viaje y por la prisa que llevamos, no podemos visitar ¡ay! como fuera nuestro deseo.

Estas dos poblaciones son Morella y Segorbe.

Morella dista de Castellón ochenta y tres kilómetros y ochenta próximamente de Vinaroz, que es el punto en que empalman con el ferrocarril las diligencias que hacen el servicio regular. Ya creo haber dicho que en este enorme trayecto es donde el público toca las ventajas de la competencia, pues conducen al viajero á tan respetable distancia por la modestísima suma de cinco céntimos.

Y no le dan *todavía* chocolate con tostada gratis por un milagro. Pero todo se andará, Dios mediante.



Ermita en el desierto de las Palmas.

Cuando llegó la noticia á Nules, el novio se hallaba en el campo; su prometida esperaba su vuelta con la impaciencia que es de suponer para participarle la grata nueva, que destruía los obstáculos que se oponían á su felicidad. Pero ¡ay! el hombre no volvió. Un accidente que tampoco puedo precisar, creo que el disparo casual de una escopeta, le privó instantáneamente de la vida, viniendo á cerrar para la pobre enamorada las puertas de la ventura, apenas entreabiertas por la casualidad.

La joven no vaciló un momento. Sacó los décimos del rincón en que cuidadosamente los guardaba, y con una serenidad estoica los hizo pedazos menudos...

Ya que la fortuna llegaba tarde para disfrutarla con el objeto de su cariño, despreció la fortuna.

9—12 m.

Nos alojamos por poco tiempo en la *Posada de las Almas*, del tipo clásico de las posadas, con su zaguán lleno de carros y su fogón en un rincón, su corral con pesebres, gallinas y pozo...

La posadera nos ha he-

CASTELLÓN



Plaza de la Constitución.